

CAPÍTULO III

Las principales formas de la lógica de los sentimientos.

No tengo la pretensión de presentar una clasificación racional y completa de las diversas formas de razonamientos afectivos. Me es imposible asignar á cada una caracteres propios y fijos que la distingan de las demás: á veces se tocan, y en ciertos puntos se confunden. Á beneficio de estas reservas, y según un procedimiento enteramente empirico—el estudio de los hechos—propongo cinco tipos principales de razonamiento, que designo por las denominaciones siguientes: *pasional, inconsciente, imaginativo, justificativo, mixto ó compuesto*; este último participa de las dos lógicas. Omito algunas formas secundarias que serán señaladas al paso.

SECCIÓN I

EL RAZONAMIENTO PASIONAL

El razonamiento pasional es la forma más simple, la más pobre en elementos intelectuales, y el tipo del

razonamiento puramente afectivo. No difiere de la asociación de ideas más que por un sólo carácter, en verdad capital; que tiene un fin establecido y en él un regulador que determina su marcha é impide ó excluye las asociaciones inútiles, parásitas, extrañas ó contrarias á este fin.

En razón de la terminología actualmente en uso, el epíteto «pasional» necesita, de una parte, una explicación y aun una apología. El que tiene algún hábito de la psicología contemporánea, ha podido observar que la palabra «pasión», de un uso corriente en los siglos últimos, ha desaparecido casi totalmente del vocabulario de los psicólogos, que dicen siempre «emoción». Esta sustitución me parece enojosa para la claridad y para la exactitud. Á fin de evitar toda confusión en lo que ha de seguir, debo declarar que distingo la emoción de la pasión, como en patología se distingue la forma aguda de la forma crónica.

Entiendo por emoción un choque brusco, muchas veces violento, intenso, con aumento ó suspensión de los movimientos; el miedo, la cólera, el flechazo en amor, etc. En esto me conformo con la etimología de la palabra «emoción», que significa principalmente movimiento (*motus, Gemüthsbewegung*, etc.)

Entiendo por pasión una emoción que ha llegado á hacerse fija, y que, por este hecho, ha sufrido una metamorfosis. Su carácter propio es la obsesión permanente ó intermitente y el trabajo de imaginación

que se sigue. Así la timidez es una pasión salida del miedo; la ambición y la avaricia, pasiones salidas del *self-feeling*.

Establecido esto, ¿existe un razonamiento puramente esencial? la opinión general está por la negativa. Se dice: el miedo, el amor, la cólera, no razonan (1).

Por otra parte, si se va más adelante, se puede sostener que toda emoción tiene su lógica instrutiva, implícita, «y que es posible sea una teleología fijada por la herencia» (Tarde). Sin embargo, esta tesis podría bien ser principalmente una metáfora; se basa en una analogía entre el mecanismo del instinto y de la emoción, de un lado, y el del razonamiento de otro. Pero en los dos primeros casos el mecanismo es organizado, estable; en el segundo, hay una adaptación variable á un fin variable. Si, por tanto, puede hallarse un razonamiento racional puro—lo cual no niego—es corto, en estado de desarrollo y consiste más bien en una brusca agrupación de ideas y una construcción imaginativa.

El razonamiento pasional no queda, pues, en este

(1) Sin embargo, la tesis contraria ha sido sostenida por Balmes. «Pero la ira, se dirá, no discurre tanto. Sí, discurre; porque toma á su servicio el entendimiento, y éste le proporciona todo lo que necesita. Y en este servicio no deja de auxiliarle, á su vez, la misma ira; porque las pasiones, en sus momentos de exaltación, fecundizan admirablemente el ingenio con las inspiraciones que les convienen.» *El criterio*, Barcelona, 1904, pág. 232.

estado embrionario; se afirma y se desarrolla. Que sea contrario á la razón, que falsee el juicio y la voluntad, que sea perjudicial en la práctica: son estas verdades comunes, incontestables; pero no tengo que ocuparme más que de su mecanismo subjetivo, no de su valor objetivo. Para esto, lo mejor es verlo en ejercicio en algunas pasiones. Elijo tres: una depresiva, la timidez; otra expansiva, el amor; otra mixta, los celos.

I.—Llamo á la timidez una pasión, puesto que conforme á la definición anterior, es una emoción persistente y que obsesiona. Tenemos que considerar primero la disposición innata, es decir, el temperamento ó carácter del tímido; luego, la serie de juicios afectivos que de él han salido; finalmente, los resultados ó conclusiones.

Resumo, conforme á dos autores contemporáneos, los caracteres principales de la timidez (1). Síntomas físicos: perturbaciones de la sensibilidad, motoras, vasculares, viscerales, secretorias. Síntomas psíquicos: el miedo, la vergüenza, la abulia y la inhibición de los actos, la falta de presencia de espíritu y este carácter propio: que no se manifiesta sino de hombre, y por consiguiente bajo una forma social. En

(1) Consúltense sobre este punto dos excelentes monografías: Dugas, *La timidité; étude psychologique et moral*. (Paris, F. Alcan, 1898), y Dr. Hartenberg, *La timidez y los tímidos* (Madrid, Jorro, editor.)

una palabra, es una «hiperesteria afectiva» (Hartenberg). Tal es el punto de partida, equivalente á la premisa mayor ó á la proposición general en la lógica racional.

Sobre este fundamento, se construye el razonamiento. Esta disposición primaria, esta materia afectiva es trasformada por una asimilación de juicios de valor, por una apreciación subjetiva de los hombres y de los hechos. Es la trasformación de la «timidez simple y espontánea en una timidez reflexiva y sistemática». La marcha del espíritu, más bien irracional, procede principalmente por intuición. Tomo de Dugas (*op. cit.* pág. 56 y siguientes) un delicado análisis de esta intuición de los tímidos, propia para hacernos comprender la naturaleza de sus razonamientos. «El exceso de sensibilidad desarrolla en él (el tímido) una clarividencia aguda... Su perspicacia es, por otra parte, muy especial. Se funda en indicios, *no en pruebas*; está formada de impresiones, *no de juicios*; está segura de sí misma, pero *no se discute, no se justifica en modo alguno*... Es la intuición, ó más bien, la interpretación rápida de los movimientos espontáneos, de las palabras, del tono de la voz, de la fisonomía y de los gestos... impresión formada de pormenores tomados al vuelo y sútilmente analizados; se opone al *juicio reflexivo* que formaríamos acerca de las personas, según sus caracteres y sus actos observados con sangre fría. Bastantes espíritus se fían *más en su impresión que en su juicio*. Pero de hecho,

la penetración del tímido no es segura; la pasión la guía, pero también la extravía. Su lucidez tiene todos los recursos, pero también todas las imperfecciones del instinto.» Leyendo este análisis con atención, sobre todo los pasajes que he subrayado de intento (no lo están en el texto), se verá fácilmente que estas intuiciones, impresiones que Dugas opone al juicio (sin epíteto), es decir, al juicio racional, son idénticas á los juicios afectivos ó juicios de valor que hemos estudiado en el anterior capítulo, y sin los cuales, no hay en modo alguno lógica de los sentimientos.

Finalmente, este trabajo tiene su término: misantropía, pesimismo, egotismo, enfermedad de ideal, misticismo. El resultado varía según el temperamento, el carácter, el medio, el grado de cultura; es esta una concepción moral, social ó religiosa del mundo, pero siempre subjetiva, personal.

Así de una premisa—el estado afectivo del tímido—de una serie de términos medios—los juicios de valores—sale una conclusión que sistematiza y resume el trabajo del espíritu.

II.—El amor, que elijo como ejemplo de la pasión expansiva, se presenta bajo tantas formas que el papel de la lógica no puede ser siempre el mismo. Yendo de lo simple á lo complejo y del *minimum* al *maximum* de racionalidad, distingo tres tipos principales.

1.º El amor en todo su ardor, con la plenitud de

los elementos físicos y psíquicos que le constituyen, deslumbrador como un rayo, irresistible como el instinto, justificando la tesis de Schopenhauer de que es el genio de la especie que subyuga al individuo y le emplea como único instrumento de su querer—este caso es extraño á la lógica, á menos que no se entienda la lógica organizada, inmanente, inconsciente del instinto. Esta asimilación ha sido indicada y discutida anteriormente. Entre la erupción impulsiva y el objeto no hay término medio intercalado. Este arrastre fatal que hace afirmar á los amantes que tienen el derecho absoluto de pertenecerse, á despecho de todo y de todos, no se parece al determinismo de un razonamiento, sea racional ó afectivo.

Se ha comparado esta manifestación del amor, «á un río inmenso que arrastra todo en su curso, y al que nada podría resistir»; pero el torrente amoroso no arrastra sino lo que tiende á su fin, y deja lo demás. Una comparación más exacta sería con los casos morbosos de acaparamiento de la conciencia por una idea fundamental, fija, inmutable, la aceptación sin exámen de todo lo que la favorece, la exclusión de todo lo que la contradice.

2.º Con las formas medias, ordinarias del amor, el razonamiento pasional aparece. Tomo como guía el análisis muchas veces citado, de Stendhal. El de Spencer, no menos conocido, vale principalmente por la enumeración de los elementos constitutivos del amor-emoción: son muy numerosos, lo que explica

su fuerza. El de Stendhal señala más bien el desarrollo, la evolución, las etapas del amor-pasión. Le traduzco en el lenguaje de la psicología contemporánea.

Primero la admiración, es decir el choque que precede ó acompaña á toda emoción. Este primer momento es puramente emocional.

Atracción del placer; es decir, el despertar del deseo en todas sus formas, físicas y psíquicas.

La esperanza. Aquí comienza una rápida construcción imaginativa de que hablaremos más tarde. Me parece que con ella el juicio de *valor* aparece, puesto que el enamorado se aprecia y se juzga capaz de triunfo.

Luego viene la cristalización «operación del espíritu que saca de todo lo que se presenta el descubrimiento de que el objeto amado tiene nuevas perfecciones». Esta operación es doble. Nos inclinamos bastante naturalmente, á creer que se reduce á una asociación de ideas cuya base es afectiva, siendo el deseo amoroso el centro de atracción. El trabajo del espíritu no se reduce á un simple automatismo que agrupa las ideas según sus afinidades y sus relaciones con la pasión actual. Hay, además, una serie de afirmaciones y de negaciones, es decir, de *juicios* de carácter afectivo que atribuyen al objeto amado todas las cualidades agradables, eliminan ó atenúan las fealdades y los defectos. La *conclusión* le presenta como un ser ideal y perfecto.

La duda que interrumpe momentáneamente la

cristalización y renace con frecuencia, «porque siempre hay una pequeña duda que calmar». No examinaré si, como sostienen algunos lógicos contemporáneos, la duda es un estado de sentimiento (*Gefühl*). Consiste esencialmente en un conflicto entre dos tendencias del pensamiento, incompatibles ó antagónicas, sin conciliación posible, en una sucesión de juicios afirmativos y negativos sobre el mismo asunto, sin que de ellos pueda resultar ninguna conclusión. En tanto que la certidumbre es un descanso, la duda es una posición inestable, una lucha, un estado de agitación en la conciencia de una actividad gastada en vano; en suma, un estado penoso; pero este sentimiento no es más que el *efecto* del conflicto intelectual. Marca la entrada en escena de la lógica racional, que puede debilitar y aun aniquilar la otra lógica. Si la duda no prevalece, el amor atraviesa una nueva etapa.

La segunda cristalización. Es ordinariamente la más fuerte, pero se asemeja á la primera en cuanto al mecanismo que la produce. Notemos al paso que este procedimiento no es propio del amor; está en el fondo de todas las pasiones de incubación lenta.

3.º Terminemos por la forma intelectualista. Cuando el amor se ha aligerado todo lo que puede de sus elementos físicos, instintivos, impulsivos, por un trabajo de abstracción y de eliminación análogo al que de las sensaciones hace salir los conceptos; cuando se ha «idealizado», entonces el razonamiento pasio-

nal desaparece para dar lugar á un razonamiento semi-afectivo, semi-intelectual, que yo llamo mixto. Volveremos á tratar de él en la continuación de este capítulo, y si lo introduzco aquí por adelantado, es para completar el estudio de la lógica en el amor.

Escojo como ejemplo el amor caballeresco, su código y sus costumbres. Es una institución, una organización en que todo está *deducido* de la naturaleza de un sentimiento fundamental que regula las disposiciones interiores y los actos apropiados. Descuido los pormenores para poner de relieve la contextura lógica.

Primeramente, un axioma fundamental: «El amor es el principio de toda gloria y de toda virtud». Es un imperativo categórico. Claro es que esto es un juicio de valor subjetivo, un valor para el caballero de la Orden, nulo para los demás.

De aquí se deduce que «el verdadero amor es imposible en el matrimonio», y se decide «que una mujer pierde á su amante tomándole por marido». Esto es la consecuencia lógica del principio de que el amor debe ser puro de toda preocupación sexual: Este juicio de valor tiene además razones históricas; siendo el matrimonio en la nobleza un tratado de paz, una alianza política entre dos familias señoriales, ó una adquisición de bienes, no puede ser un medio de elevación moral. Así, esta tesis sentimental no ha *valido* más que en un medio y un tiempo restringidos.

Se deduce también del principio primero la necesidad de una ascensión lenta y progresiva hacia el ideal soñado. Cuenta cuatro grados, que tienen sus sellos propios y sus favores especiales. Es, sucesivamente, «indeciso», «suplicante», «escuchado», y finalmente, «amigo».

Sin insistir, la existencia de un Código de amor caballeresco en treinta artículos que se posee todavía, muestra que los caballeros del siglo XII no estaban tan lejos de los escolásticos. Lo que importa notar es que la marcha del razonamiento es la de la lógica racional; no hay un fin establecido de antemano que se justifique, sino un principio establecido como incontestable, del que se deducen todas las consecuencias. De todos modos, como el origen de todas las deducciones es de naturaleza sentimental, la racionalidad no es sino su forma; es un molde que solidifica y da forma á una materia afectiva.

III.—Los modos de la vida afectiva son tan poco fijos, que acerca de ellos estamos reducidos á las distinciones vagas del lenguaje corriente. El odio, la envidia, los celos, no son casi definidos más que de un modo literario; pero sus caracteres especiales, fisiológicos y psicológicos (si los hay), no son establecidos ni por hechos ni por descripciones precisas que les diferencien con claridad. Admitimos, simplemente, á título de hipótesis, que el odio es un género; que tiene por caracteres una antipatía consciente

ó inconsciente, un movimiento de aversión hacia alguien, acompañado de un sentimiento penoso, tan pronto concentrado, mudo, roedor, tan pronto agresivo y destructor. Si se consideran los celos como una especie ó variedad del género ó—lo que nos parece verosímil—como una forma más compleja, presentan ciertos caracteres bastante fáciles de precisar.

Descartes los definió «una especie de temor que se refiere al deseo que se tiene de conservar algún bien» (*Pasions*, art. 167). Es una pasión de elementos heterogéneos ó divergentes. 1.º Tiene la representación de un bien poseído ó deseado, elemento de placer que obra en el sentido de la atracción ó de la excitación. 2.º La idea de la desposesión (el amante traicionado), ó de la privación (el candidato suplantado, el hombre privado de una sucesión esperada), elemento de disgusto que obra en el sentido de la depresión. El caso de la desposesión es el peor, porque hay en él una real *disminutio capitis*, perpetuamente sentida. 3.º La idea de la causa verdadera ó imaginaria de esta depresión ó privación; esta despierta en grados variables las tendencias agresivas y destructoras. En las formas pasivas, inertes, de los celos, este tercer elemento es muy débil (1).

(1) Es preciso observar que el lenguaje ordinario entiende principalmente por celos los de los enamorados. Espinosa, en su definición bien conocida *Ética*, III, prop. 35), toma la palabra en este sentido exclusivo. No es seguro que en la vida esta forma sea más frecuente que las otras, pero es más dramática. En todo caso, es cierto que psi-

Para que brote esta pasión, es necesario, primeramente, un terreno propicio, al menos, una predisposición pasajera. En cuanto al papel del razonamiento en el nacimiento, el desarrollo y el mantenimiento de los celos, será muy breve, para evitar repeticiones.

El primer momento es una sospecha, es decir, un juicio de desconfianza; en términos más precisos, una inhibición de las tendencias expansivas que se fija en un individuo determinado: rival en amor, en ambición, en profesión. La penetración del celoso equivale á la del tímido y es de la misma naturaleza psicológica: impresión más bien que conocimiento razonado. La hostilidad es primero vaga. Luego los actos, las palabras, el silencio mismo, todo es aceptado como pruebas que justifican la suposición, el primer juicio. Es un razonamiento de descubrimiento que participa de las dos lógicas. El estado de celos está formado.

El segundo momento es el de la cristalización. Repite, *mutatis mutandis*, lo que ocurre con el amor:

cológicamente debe establecerse una diferencia entre ellas y las otras formas. En primer lugar, los celos de amor se desarrollan por partida doble: miran al que traiciona y al que ayuda á hacer traición (desposeer), pueden tener varios orígenes, según que prevengan del sexo, del corazón, de la cabeza (celos por amor propio, por vanidad). Difieren en el hombre y en la mujer. El hombre obra como dueño con esclavo, manda, aprisiona, se irroga el derecho de matar. La mujer obra como esclava con dueño; mentira, engaño, rebelión. Finalmente, presentan la particularidad de ser algunas veces retroactivos (los celos del primer marido de una divorciada, aun de una viuda), y se ha podido decir que la dureza de la madrastra no es si no el efecto de los celos no confesados de la primera mujer.

asociación de ideas de base afectiva, juicios de valor que, positivos ó negativos, tienden al mismo fin.

La operación mental es muy análoga á lo que pasa en el delirio persecutorio. No pretendo identificar los dos casos; pero de ordinario el perseguido viene á ser perseguidor, y de igual modo la incubación de los celos se transforma en actos de agresión. Esta analogía en la evolución y otras también, inclinan á pensar que en una monografía de la pasión de los celos, no dejaría de ser útil una aproximación con la forma morbosa que se acerca más á ella.

SECCIÓN II

EL RAZONAMIENTO INCONSCIENTE

Una cuestión previa se nos presenta. ¿Hay en la lógica emocional juicios y razonamientos inconscientes? Es tanto más legítima cuanto que la vida afectiva más que cualquier otra parece penetrar en el ser, por bajo de la conciencia. Desgraciadamente, no tenemos respuesta positiva que proponer. Desde que se entró en la región tenebrosa de lo inconsciente, toda interpretación, es decir, la traducción en el lenguaje claro de la conciencia se hace á la aventura.

En lo que concierne á los hechos, he sostenido en otro lugar, que sería ventajoso establecer dos cate-